

Crónica

Pasaron las elecciones...

Pasaron las elecciones, y con ellas la desusada actividad de nuestros políticos, el ir y venir de comisiones en busca del voto arrancado por la imposición, la promesa ó el engaño, el fingido interés por el pobre á cuya casa entró ayer el muñidor electoral sombrero en mano, y de cuya casa por su propia orden será tal vez mañana arrojado el inquilino, que libremente y sin atender más que á los dictados de su conciencia dejó de ejecutar las órdenes del más rico, del más poderoso, de aquel que por tener dinero y fincas pretende también ser dueño de la voluntad de los demás.

Pasaron las elecciones, y con ellas las ilusiones de muchos, que en su resultado cifraban el empleo, el bienestar, el garbanzo asegurado, y al caer, con la triste realidad que presta la irrefutable aritmética de los escrutinios, por tierra el ídolo tanto tiempo endiosado en la mente de los que hasta en sueños le veían ya en el Congreso, un retraimiento y tristeza infinitos revelan en los rostros de los que hasta entonces, y como futuros vencedores, ostentaron su protectora personalidad por todas partes.

Pasaron las elecciones, y con ellas el ajetreo continuo de candidatos, que mostrando su condición de más ó menos predilectos, su marca de fábrica como si dijéramos, pronosticando la felicidad con su triunfo y prometiendo lo que jamás se propusieron cumplir, fueron durante días pasados, aclamados por los unos, groseramente tratados por los otros, y que hoy, vencedores algunos, vencidos los más, irán los primeros á olvidar á aquellos á quienes deben su encumbrada posición entre las intrigas y convencionalismos de la alta política, y los segundos, los caídos, de nuevo volverán á sus hogares maltrechos y cariacontecidos con la derrota, y al ver perdidas las esperanzas y deshechas las combinaciones que durante tanto tiempo acariciaron.

Pasaron las elecciones, y con ellas el abrir de la mano del cacique eterno, que cerrando de nuevo el puño haciendo de su mano mano de gallego, toma otra vez su antipático é intolerable mando, disponiéndose cual nuevo Sancho á usufructuar su insula por tiempo más ó menos largo, y hasta que el pueblo, dándose cuenta de su valer, ennoblecido por el reconocimiento de sus derechos, destruya un día, de una vez y para siempre, con sacudida potente y vigorosa, esta organización viciada, estos odiosos cacicatos, propios sólo de pueblos que nacieron de rodillas.

Pasaron las elecciones, y con ellas la desusada actividad de nuestros políticos, las ilusiones de muchos que en su resultado cifraban el empleo, el ajetreo continuo de candidatos, y el abrir de la mano del cacique. Aparato siempre el mismo, siempre igual y que en idéntica forma veremos, hasta que el pueblo ennoblecido destruya de una vez y para siempre esta perjudicial y viciosa organización.

ARTURO SÁENZ DE QUEJANA.

LAS CAJAS DE AHORROS

II

Las cifras con que terminaba mi artículo anterior son desconsoladoras, pero ciertas.

¿Cuáles son las causas de esta inferioridad en que nos encontramos respecto de las demás naciones?

Todos los autores que se ocupan del asunto están conformes con el hecho, pero bien sea porque la investigación es difícil ó bien porque no han creído de interés hacerla, es lo cierto que después de señalar los efectos y lamentarse de ellos, pasará á otro punto sin determinar cuáles sean las causas.

Pudiera creerse que el motivo de esta falta de ahorro en nuestra nación es debida á la escasez de jornales, pero á esto contesta elocuentemente el hecho de que Irlanda, el país más esquilmado de Europa, donde el colono percibe una excelsima parte de los productos de la tierra, donde por consiguiente los jornales de los obreros agricultores son pequeñísimos, es, sin embargo, donde mayor número de imponentes tienen las cajas de ahorro, y si bien no llega su capital á la proporción que alcanza en otras naciones, esto no es óbice para asegurar que el hábito de ahorro existe y más desarrollado que en el resto de Inglaterra.

Tampoco puede admitirse el fundamento de esa falta de imponentes á la afición que en España hay por determinadas diversiones que no son baratas.

Quizá algo contribuya nuestra naturaleza meridional, nuestra propensión á la holganza, algo que pudiera equipararse al *dolce far niente* de los italianos, pero esto se explicaría en las provincias andaluzas y algunas de Levante, nunca en las del Norte y en las catalanas donde el temperamento es frío y calculador.

A pesar de esto, á pesar de que en Cataluña, Vizcaya y quizá Asturias, el obrero piensa más en los números y en el día de mañana no se distinguen estas provincias por su amor al ahorro. El obrero en lugar de buscar en las cajas de ahorro una *hucha* donde se vá acumulando céntimo á céntimo ó peseta á peseta la cantidad necesaria para asegurar el bienestar de la vejez, lleva un tanto por ciento de su mísero jornal á las cajas de resistencia.

Quizá esto contribuya á la falta de imponentes en las cajas de ahorro. El movimiento social que se viene operando en España, evolucionando progresivamente desde el excéptico individualismo hacia las hermosas idealidades socialistas.

El abandono que el obrero ilustrado hace de su persona en favor de la de sus compañeros en huelga, dejando olvidadas sus comodidades si con lo que se priva de supérfluo puede llevar lo necesario á los que nada tienen. Ese ejemplo de caridad, ó si la palabra no es propia, de solidaridad entre todos los obreros, quizá pudiera llevar al descubrimiento de las verdaderas causas que influyen en la mezquindad de las cifras con que terminaba mi artículo anterior.

¿Remedios para esto? Difícil es convencer al que no quiere ser convencido, pero si de algo ha de servir mi modesta pluma en Valdepeñas y para Valdepeñas, nunca mejor que ahora que la nueva institución de la Caja de Ahorro empieza á vivir y puede llegar á ser base y fundación de verdaderas fuentes de riqueza que con el tiempo, puedan llegar á la transformación de Valdepeñas en una población moderna, para lo que, por desgracia, falta mucho.

Hasta el martes.

DIEGO MARÍA LASALA.

Crónica Madrileña

¿Llueven médicos?

Estoy en la obligación de confesarles á Udes. que, como español, me halaga en el alma la llegada de los médicos extran-

jeros, pero como madrileño me chincha extraordinariamente.

Llevo tres días sin poder tomar mi café á la hora acostumbrada, porque la cervicería se me llena de extranjeros sabios, y por muy amante de la ciencia que sea uno, le revienta que no le dejen tomar su café á tiempo, aunque sean personas muy ilustradas.

Ayer había una mesa desocupada; la mía, la de la ventana... Me dirigía á ella, bendiciendo la ciencia cuando María se me adelanta trotando con una bandeja (hay que suponer que no trotaba con la bandeja, sinó con los pies.)

—Señor A... no se siente Ud. ahí.

—¿Pues qué ocurre?

—Que esa mesa está tomada.

En vista de que no continuaba con el verso del D. Juan, me atreví á preguntarle que para quién.

—Para unos congresistas muy sabios.

—Ah! vamos, si son sabios menos mal.

—Uno puede que le conozca Ud. de *oirlo mentar*, Brunchof. Otro creo que es bajá.

—Sabes cuantas colas tiene.

—Eso lo sabrá Ud.

—Yo; Dios me libre hija... en fin, que tengo que irme ¿no es eso?... pues todo sea por Dios...

Y allá voy yo á que se me indigeste la comida, viendo sentados tranquilamente en mi habitual residencia la mar de señores, leyendo guías, desplegando planos y dejándose robar por los vendedores de tarjetas postales.

Porque eso sí, ellos es probable que no se diviertan, pero lo que es bien robaditos si se van á ir á su casa.

Esto es un verdadero escándalo, una vergüenza que deshonorá á un pueblo. Y hay señor de éstos que paga veinte pesetas por una cama mala y cuarenta de pupilaje en una casa de diez reales... por semana.

Las calles están llenas de tipos extraños: los hay para todos los gustos, con impermeable y sombrero de copa, con levita y gorra de viaje; he visto uno con bata y sombrero *Guerrita* (histórico).

Yo, en vista de lo necesario que es el ser congresista, sobre todo para tomar café, me he decidido y hoy me he colado mi chistera, me he puesto mi gran pañuelo al cuello, me he comprado en el economato *Levi's* una cajita de merienda barata (porque todos llevan una, con pastillas ó qué se yo, de Vichy) y procurando adoptar el aire más pensativo que he podido y mi correspondiente seriedad científica, me he lanzado á la calle á co-dearme con las glorias de la medicina.

Casi todos los extranjeros me lanzan miradas de compadecimiento, á las que trato de corresponder con otras cariñosas, en las que pueden leer la admiración que me causan sus sombreros llenos de costuras y sus paletós de formas extrañas. Algunas doctoras extranjeras, que indudablemente vienen amamarrachadas á propósito, me dirigen tiernas miradas, cabe los feroces sombreros coronados de alcahofas; hasta en la cervicería me han hecho sitio en una mesa, dos médicos de provincias, que llevaban abierto el abrigo para que se les viera bien el frac de boda y la pechera de plieguecitos.

Indudablemente hice mi efecto, porque al levantarme para pagar, oí que se decían uno á otro muy bajo:

—¿Le conoces?

—Sí, es *Levi's*, el médico judío.

—¿En qué le has conocido?

—En la cajita que lleva; que es distinta que las nuestras, he leído en ella *Nomato Levi's*.

—¿*Nomato Levi's*?

—Sí, hombre; el médico judío, el especialista en las enfermedades del dedo índice.

Y me marché tan orondo, á comerme las sardinas y el jamón de mi caja, dejando encantados á aquel par de judíos.

I. A.

AL SEÑOR ORGANIZADOR

DEL BATALLON INFANTIL

Vamos á ver si nos entendemos, señor de Vasco. Una persona tan instruída como Ud. y (por qué no decirlo) tan simpática como Ud. no puede haber prohibido la idea del Batallón Infantil con el solo objeto de enseñar la doctrina á los niños, repartirles estampitas y hacerles bailar en cuatro tiempos.

Esta idea, que fué de un buen amigo nuestro, no pudo ser sacada de pila para tan poca cosa: la idea es muy grande y á Ud., señor de Vasco, no se le oculta.

¿Qué persigue Ud? Que las criaturas aprendan la doctrina y canten el *Santo Fuerte*, muy loable, señor de Vasco, pero no es preciso para eso que hagan de soldados. ¿Quiere Ud. que vayan muy formaditos, con sus fusilines y sus cartucheras, y que evolucionen con precisión para divertir al pueblo como unos títeres armados en broma... francamente, no creo que eso se le haya ocurrido á Ud.; eso sería sencillamente pobre y ridículo.

Los batallones infantiles que se dediquen á ser acróbatas en manada deben prohibirse. Así me hablaba no ha mucho un respetado amigo á quien yo repliqué: —Esta Ud. engañado; el señor de Vasco, mi respetado y simpático amigo, es una persona muy instruída y que sabe lo que se trae entre manos. Su idea principal es acostumbrar á la juventud al estudio, apartándola de la ociosidad y del vicio quiere proceder de lo simple á lo compuesto, de lo agradable á lo útil y principia á enseñar deleitando... así se va aprendiendo poco á poco sin darse cuenta...

¿ . . . . . ?

Sí, señor, sí, inculcará en los niños las ideas de la patria, les enseñará á amarla después de Dios, los preparará para el servicio militar ¿qué otra cosa puede proponerse sino?

¿ . . . . . ?

Naturalmente; cuenta con personas idóneas que le ayudarán en sus trabajos. Enseñará educación á los niños que de ella hayan menester, les inculcará las ideas de respeto á la justicia y á los mayores de edad, procurará, en suma, hacerles apreciables ciudadanitos.

¿ . . . . . ?

Y los de libertad también; de otro modo no iría un sólo niño, ¿ó piensa Ud. que se educan para el monte?

¿ . . . . . ?

Yo creo que sí. Alternando la práctica con las clases teóricas, y con buenos profesores, conseguirá lo que quiere y el pueblo le deberá su educación futura.

¿ . . . . . ?

Como les inculquen las ideas del honor no necesitarán castigos. Con quitarle el uniforme por unos días al que deje de ofrecer la acera á una señora, por ejemplo, se conseguirá por amor propio cortar otra falsa futura.

*Et sic de ceteris...*

Así hablaba yo, señor de Vasco, defendiendo á Ud. de una persona que indudablemente no le conocía.

¿Verdad que tengo razón, amigo mío? ¿Pretende Ud. todo eso? Dios haga que no me engañe para bien de todos; que con eso y mucha justicia para dar empleos y grados, irá todo como una seda...

Porque, amigo Vasco, no tocar la marina; si el hijo de un jornalero vale para oficial, que lo sea, nada de prefe-